

## De eso no se habla o lo que se habla de eso: el abordaje de los temas tabúes en la LIJ.

Mónica Viviana Cereales

UNR

El ambiente bucólico e idílico ha sido y es, en buena medida, el escenario de la literatura para chicos. La otra cara del paisaje no se incluía, al decir de Graciela Montes: “La realidad despojada de un plumazo de todo lo denso, matizado, tenso, dramático, contradictorio, absurdo, doloroso: de todo lo que pudiera hacer brotar las dudas y cuestionamientos” (“Realidad y fantasía o cómo se construye el corral de la infancia” 1990:13), pareciera tener un espacio mínimo en la variada temática de la LIJ, no obstante su enorme valor para acicatear la imaginación, ponerla en acción y otorgar nuevos significados.

Los niños y niñas que habitan los relatos infantiles no siempre lo hacen en familias perfectas, amparados, escuchados o protegidos y esto lo demuestran algunas recientes publicaciones. Niños perturbados, solos, avergonzados, angustiados, rechazados, silenciados están ahí, casi sin comunicarse porque el otro no aparece o no está para reparar la intemperie del principio.

Los niños y niñas, sin embargo, nos hablan desde la realidad, en la escuela, en la calle, en la cola del banco... y algunos comienzan a pararse con frágil firmeza para ser vistos por los adultos, desde la literatura infantil; ofrecen sus historias de chicos que sufren, sin garantía de final feliz, con salidas trágicas, a veces, o con singularidades que quizá no encuentran el puerto donde anclar en el universo del posible lector.

Entonces... mejor comenzar a hablar o balbucear acerca de eso.

Desde la “Caperucita Roja” de Charles Perrault, pasando por todos los cuentos tradicionales, la desobediencia trajo aparejado castigo o abandono. Quien no cumpla con los mandatos familiares, sociales, se expondrá al rechazo, al destierro, una de las tantas formas del dolor y éste será aún mayor cuando provenga de los propios padres. Tal el caso de “Julia, la niña que tenía sombra de niño” de Christian Bruel y Anne Bozellec. Ella no encaja en el modelo de nena que la sociedad espera.

Julia no es reconocida por sus padres y reclama, sin palabras, un abrazo. Sufre, se encierra, padece y es a partir de este rechazo y de esos reproches que inicia un proceso doloroso de asunción de su identidad, metaforizado en la aparición de su

sombra como la de un varón.

La niña pelea interna y externamente para no ser “niñoniña”, para que no la ubiquen en el frasco de “pepiniños o pepiniñas” hasta conseguir, finalmente, integrar ese otro lado de su personalidad, ser sujeto a partir de su descubrimiento: tiene derecho. Esto lo repite tantas veces hasta que logra reconocerse: “Soy Julia”, sobre todo, y tiene derecho a serlo.

Al igual que ella, la Ma, niña protagonista de “El deseo máspreciado”, tampoco responde al modelo femenino: juega a la pelota con varones, trabaja la huerta con su padre y con él vende los productos cosechados para mantener una familia con madre y cinco hermanitos. Juega con barro, se pelea, se defiende con piñas de las burlas de sus compañeros y desea algo. Eso ocupa sus sueños, su pensamiento. Espera con ansiedad y cuando llega el momento de que se concrete a través de un regalo, descubre que éste es una “muñeca”, el objeto culturalmente más universal de identificación con lo femenino infantil y no era lo esperado, ya que nadie le había preguntado qué deseaba. El Otro decide; ella no habla.

Lejos de frustrarse, imagina, transforma el objeto, no lo destruye ni lo descarta; simplemente anuda la muñeca de trapo y la convierte en la anhelada pelota de fútbol, su deseo máspreciado. Lo acepta. La Ma lo toma y busca qué hacer con eso no esperado por ella pero sí establecido por el afuera.

La sexualidad, la identidad sexual como elección son temas tabúes en la literatura infantil, son inenunciados y su elipsis intencional los deja ligados al pudor y a la culpa.

Julia, la niña que tiene sombra de varón simboliza, de alguna manera, la ruptura del orden establecido entre la sexualidad y la obediencia. Su actitud produce ruido, desequilibrio familiar y desorden. Los padres de Julia no le preguntan, no median con la palabra entre su sensación de rechazo y lo que la niña quiere, siente; la etiquetan lapidariamente: “Eres un muchachito. Eso eres”. Ambos son la muestra de una sociedad que margina lo diferente, lo que sobra, y lleva a que “el deseo de muerte se inscriba en el inconsciente de pibes y pibas como discurso del Otro y se expresa a través de pasajes al acto destructivo hacia los demás y hacia sí mismos”, como expresara Juan Carlos Volnovich en su prólogo a la obra “El revés del reino” (2009:10). Julia se entierra para que su sombra-niño desaparezca, casualmente al costado de la tumba que lleva el nombre casi ilegible de Charles Perrault.

Al igual que Julia, Margarita es una niña diferente, a tal punto que al final de su primera infancia pasa a ser nombrada como “Greta la loca”. Sus padres no saben qué hacer con ella porque es grosera y violenta; rompe el estereotipo de niña porque es “mala”. No habla y su crecimiento se acompaña con alucinaciones que habitan seres deformes, distintos, monstruosos. No puede permanecer con sus padres y se marcha de su casa en la búsqueda del demonio para que la acepte. El Diablo no la busca; ella busca ser tragada por la boca gigante, el agujero enorme que lo representa. La imagen de esas fauces se ancla en la ausencia de palabra que acompaña la vida de Greta y tampoco allí la encuentra. Se suicida.

El pudor, el silencio y la culpa de niños y niñas también aparecen en otros bordes de la literatura infantil, rompiendo la armonía del cuadro que éste, nuestro

mundo, impone desde el consumismo, la apariencia, el éxito social. También aquí, quien desobedece, se corre, no cumple o no encaja en el molde establecido deberá pagar por ello con soledad, sufrimiento y rechazo.

La obra “Vergüenza” de Verónica Laurino y Tomás Boasso, lleva como título el sentimiento que experimenta Adriano, un niño de doce años, gordo, rubicundo, con acné, objeto de mofa de sus compañeros de escuela, desencanto de su madre con la cual no mantiene diálogo alguno, inserto en una familia de cuatro generaciones (bisabuela, abuelo, tío viudo, tía abuela, madre, hermanas y con un padre ausente) a la que define como “una tribu”, pero sin cacique.

La vergüenza está íntimamente relacionada con el concepto que tiene de sí, la imagen que se formó de sí mismo, con el aval y el estímulo de los adultos más representativos en su vida afectiva: madre y padre. El recorrido que Adriano realiza en su vida, el aislamiento del mundo real que le resulta hostil (colecciona objetos debajo de su cama y allí juega), le permiten crear un mundo que le sirve de refugio: “Me armé un mundo coleccionable”, afirma. Allí no sólo puede ordenar, catalogar, sino que puede elegir a quien entra y a quien sale de su colección.

El tránsito del niño al adolescente está delimitado por situaciones incómodas y un dolor que se esconde tras su lenguaje pintoresco; no tiene amigos, ni conversa con nadie y se siente ridículo. Todo resulta caótico y, justamente, coleccionar, catalogar, actúan como paredes que ocultan la culpa que experimenta al comer y la vergüenza de ser como es.

Zoe, la niña gorda, sensible, que come sin culpa, ama la música y baila, es la grieta que necesitaba abrirse para que entrara el amor, la sensación de ser querido por alguien ante quien puede ser él mismo, a modo de otro yo, como un espejo.

“Vergüenza” se presenta cubierta de un velo sencillo que al rasgarlo muestra la inseguridad primera, la cual el protagonista manifiesta en su monólogo interior, mientras mira las caras de sus compañeros en el patio de la escuela y entonces encuentra algo que, por lo menos internamente, los acerca, les resulta común, “el miedo a no ser querido por sus padres, estuvieran separados o juntos”. El conflicto se resuelve parcialmente ya que el objeto deseado por Adriano es la aceptación como muestra de amor, de sus padres y pares. Si bien no logra que lo primero se manifieste, la identificación con sus pares lo tranquiliza, lo acerca al mundo real sin que le resulte tan adverso. Ya hay otros que lo reconocen persona.

De la misma manera “Gioconda, mi pesadilla” de Lydia Carrera plantea la vergüenza que experimenta la protagonista de diez años porque no puede incluir en su vida extra e intra familiar a la niña con síndrome de Down, Gioconda, su prima, quien le tira con objetos a sus amigos, se disfraza, se levanta la pollera, grita y hace ruidos extraños.

También en esta historia lo diferente es el elemento perturbador. Ya no se trata de un relato fantástico en el cual el hecho extraordinario genera desazón, angustia e incertidumbre. Aquí aparece real, humano, definido, con nombre, o como expresa la protagonista, incluyendo a su hermano en su enunciado: “Juan y yo nunca habíamos visto de cerca un chico con ese problema. En publicidad, en televisión, sí, porque

ahora se habla mucho de capacidades diferentes, pero no en persona”. No obstante, lo más potente no es la vergüenza sino la culpa asociada a ella. La protagonista sufre porque no puede aceptar a su prima y, por consiguiente, no hace lo que sus padres esperan de ella; no los satisface y se siente mala y “con corazón de piedra”.

El conflicto con su prima se acomoda cuando la niña descubre la manera de comunicarse con Gioconda, a través de la palabra acompañada de marcada gestualidad al leerle cuentos infantiles y a solas, sin la contemplación de sus padres. Sin embargo, la convivencia con la niña Down y su madre no encuentra otra salida que la partida de ambas. El equilibrio retorna: la aceptación de lo diferente se plasma cuando puede nombrar la enfermedad de su prima en la escuela, pero no, convivir con ella.

La palabra media, ordena, tranquiliza. La renegociación de significados a través del intercambio otorga alguna respuesta provisoria a los niños y niñas de las historias pero no provienen de adultos sino de pares o de su voz interna. Los significantes ( familia-escuela) no aparecen como componentes fuertes en el esquema comunicativo.

La ausencia del Otro y la tristeza más intensa de una niña se plasman a través de las movilizantes metáforas pictóricas en “El árbol rojo” de Shuan Tan: en medio del campo desolado, parada sobre un banco, con su altavoz de lata en la mano, una niña habla a la nada o emite sonidos; no hay otro que reciba, que resigne. El abismo, la nada misma, donde ya no hay palabra.

El monstruo gigante, de enormes fauces, piel azulada y ojos que chorrean un líquido oscuro es la sombra que la acompaña. Ella espera pero no ocurre nada; las compuertas que contienen su dolor se abren y la superan; lo maravilloso es ajeno y el destino final es inevitable. La niña sufre espera pero no sabe qué.

La promesa salvadora, la imagen vital, la construcción esperanzadora se concretan a través de una proyección de su imaginación: el árbol rojo, brillante, imponente, que aparece en su habitación y le genera satisfacción y compañía.

Lo oculto, lo silenciado, el secreto familiar también se constituyen en temas angustiantes abordados por algunas obras de la LIJ. En “Las visitas” de Silvia Schurjer, la protagonista se enfrenta con la verdad de un padre preso y no de viaje, de una madre que sostiene oculta una relación amorosa y de un entrañable amigo que resulta ser un hermano no reconocido, es un ejemplo. Aquí, la verdad, alcanza una fuerza enorme cuando es una niña quien la recibe y debe rearmar una realidad que no era tal.

¿Y si comenzamos a balbucear acerca de eso?

La muerte, la sexualidad, la vergüenza, la soledad, la culpa, la locura, son algunos de los temas tabúes a los que la LIJ se va asomando lentamente, algo desconfiada, con paso sigiloso. Descorre algunos cortinados y muestra escenas unidas por un fino hilo, la ausencia del Otro, la ausencia de la palabra. Los niños y niñas no son interpellados desde un lugar de interés por los adultos para conocerlos, para saber qué les pasa, qué piensan. Cada acto de habla de los mayores es cerrado y contundente, tal vez por eso la lectura de estas obras que hablan acerca de eso que no se habla resultan tan perturbadoras para los mediadores de lectura, para aquellos que ejercemos la función de canonizarlas e instalan la duda, el desconcierto, como todo aquello que

no fue probado, que se intuye pero que no se nombra y, quizá, despierta los propios fantasmas.

Sin embargo el arte, la literatura particularmente, sublima, en tanto su función metafórica, su generación de significados; ofrece una vía regia para simbolizar y brinda el ambiente para pacificar la tensión, deslizar esa energía que surge de la perturbación. Puede exorcizar algunos fantasmas.

No obstante lo anterior, la LIJ carga sobre sus espaldas la pesada mochila histórica de obras moralizantes y pedagógicas, sostenidas en la dicotomía del Bien y el Mal, en la cual los preconceptos acerca de religión, familia, sexo, educación, fueron usados como herramientas de Poder para disciplinar sociedades e individuos.

La intencional ignorancia de los temas perturbadores, espinosos, intimidantes o repulsivos, como suele denominárselos en el mundo adulto, no los debilita ni los soluciona. Silenciar o censurar lo que transgrede los parámetros temáticos desde un criterio abuenizador, difícilmente contribuya a resolverlos, de alguna manera. Por otra parte es lógico, esperable, que el atisbo de desorden, inestabilidad o incertidumbre que todo lo que viene a tomar un lugar acarrea, puesto en palabras e imágenes, produzca temor. Las certezas se debilitan y ¿qué sensación produce que tambalee el piso seguro donde se asientan los pies de la tradición literaria infantil para los mediadores de lectura?

Hablar de eso, entendido como el eso-tabú, tal vez evitaría que muchos niños y niñas sigan mirando y sintiendo lo diferente con recelo, temor, sin poder asignarles algún nombre que los signifique, en un aporte a la construcción de nuevas representaciones y al otorgamiento de otros sentidos. Hablemos.

## **Bibliografía**

- Alonso, Verónica – González, Nana (2008) *El deseo máspreciado- O presente mais esperado*, (edición bilingüe español-portugués). Córdoba, Editorial, Comunicarte/infantil, Colección Los niños del Mercosur.
- Alvarado, Maite – Guido, Horacio. (1993) *Incluso los niños, apuntes para una estética de la infancia*. Buenos Aires, La Marca editora, Colección Cuadernillos de géneros.
- Bloj, Ana- Maschio, Ana Ida, Musumano, Analía (comp.) ( 2009) *El revés del reino: Experiencias de investigación. La literatura infantil como recurso subjetivante*. Prólogo de Juan Carlos Volonovich, p.10. Rosario, Laborde Libros Editor.
- Brunel, Christian- Bozallec, Anne (1998). *La historia de Julia, la niña que tenía sombra de niño*. Bogotá, Babel Libros.
- Carreras, Lydia (2011). *Gioconda, mi pesadilla*, Editorial Sigmar, Buenos Aires Colección Telaraña.
- De Kochere, Geert–Cneut, Carll (2006). *Greta la loca*, Bárbara Fiore Editora, Bélgica.
- Díaz, Fanuel Hanán (1996) *Variaciones en el tema de la muerte en la literatura infantil* en Revista Latinoamericana de Literatura Infantil. N° 4. Bogotá, Fundalectura
- Lacan, Jacques (2006). *Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Cap. 19. Buenos Aires, Editorial Paidós.

- Laurino, Verónica- Boasso, Tomás (2011) *Vergüenza*. Buenos Aires, Editorial Sigmar. Colección Telaraña.
- Lurie, Alison. (1998) *No se lo cuentes a los mayores: literatura, espacio subversivo*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruiperez.
- Montes, Graciela.(1990) *Realidad y fantasía o cómo se construye el corral de la infancia*, Cap.1 En: El corral de la infancia. Acerca de los chicos, los grandes y las palabras. Buenos Aires, Libros del Quirquincho, Colección Apuntes.
- Schujer, Silvia. (1998) *Las visitas*. Buenos Aires, Editorial Alfaguara.
- Soriano, Marc. (1999) *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires. Ediciones Colihue.
- Tan, Shaun (2008) *El árbol rojo*. Bélgica, Bárbara Fiore Editora.